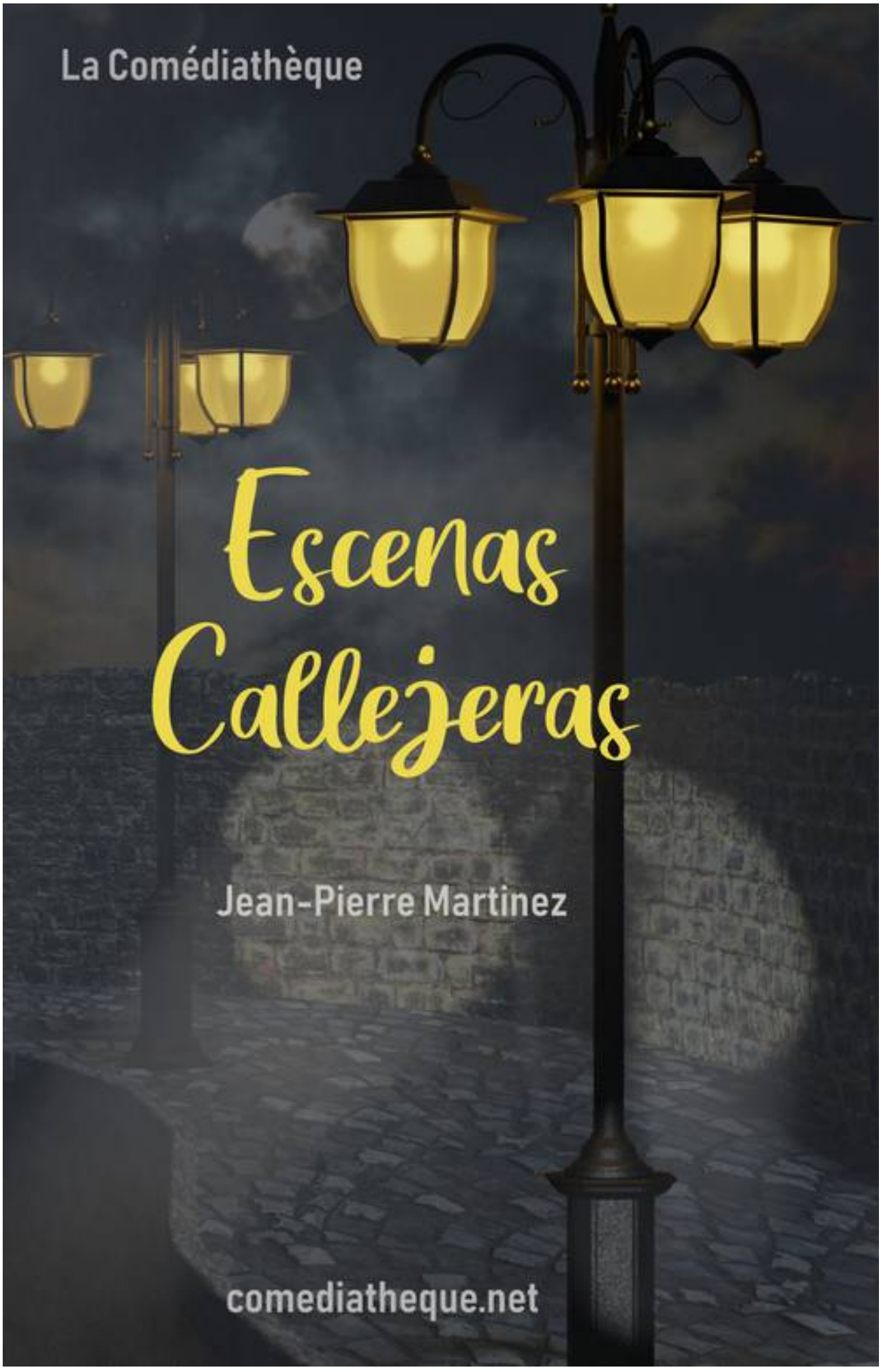

La Comédiathèque
Escenas Callejeras
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Escenas callejeras

Jean-Pierre Martinez

En la acera de una calle cualquiera suceden historias de lo más insólitas...

35 personajes
Reparto muy flexible en número y género.
Cada intérprete puede asumir varios papeles y la mayoría de los personajes pueden ser interpretados por hombres o mujeres.

1. Al final de la calle....3
2. Planes de carrera....7
3. La calle es de todos....10
4. Sobre ruedas....14
5. El precio justo....17
6. El hombre de la calle....20
7. El número correcto....22
8. Segunda oportunidad....24
9. En la calle....27
10. La manifestación para nadie....29
11. ¡A barrer!....32
12. La apuesta de Pascal....36
13. Un buen barrido....42
14. Una sombra en la calle....45

© La Comédiathèque

1. Al final de la calle

Un tramo de calle con acera y, si se quiere, un banco. Un personaje (hombre o mujer) llega por un lado y otro por el lado contrario.

Uno – Disculpe, ¿sabe adónde lleva esta calle?

Dos – ¿A dónde va? Ah, no... no lo sé exactamente.

Uno – Pero usted viene de ahí, ¿no?

Dos – ¿De dónde?

Uno – ¡De esta calle!

Dos – Vivo en el cinco bis, ahí mismo. Eso está al principio de la calle, pero hacia el otro lado no sé adónde lleva.

Uno – Ah, sí, es molesto.

Dos – ¿Molesto?

Uno – No pienso meterme por esta calle sin saber adónde lleva.

Dos – Pero, ¿a dónde va usted?

Uno – Me dijeron que al final de la calle, pero...

Dos – ¿Al final de la calle? ¿Qué calle?

Uno – Me dijeron la calle que baja.

Dos – ¿La calle que baja? Entonces no debe ser esta.

Uno – ¿Y por qué no?

Dos – Yo diría más bien que esta calle sube, ¿no?

Uno – Ah, ¿sí? ¿Usted piensa eso? Yo pienso más bien que baja.

Dos – O tal vez, no la ha tomado en la dirección correcta...

Uno – Ah, no, para mí baja.

Un tercer personaje llega.

Dos – Disculpe la molestia... ¿Usted cree que esta calle sube o baja?

Tres – ¿Es para una encuesta?

Dos – No...

Tres – Les advierto, no me meto en política.

Dos – No, no, es solo esa persona a la que... le dijeron que al final de la calle que baja y...

El tercero mira la calle.

Tres – Yo diría más bien que esta calle es plana, ¿no?

Dos – Un falso llano, entonces...

Uno – Sí, pero ¿un falso llano que sube o que baja?

Tres – Podemos poner una canica en el suelo de la acera y veremos si sube o baja.

Uno – ¿Cómo puede una canica subir?

Tres – ¡No la canica! La calle. Ponemos la canica en el suelo y veremos en qué dirección empieza a rodar.

Uno – Sí, claro, podemos hacer eso...

Los tres parecen esperar algo.

Dos – ¿Tiene usted una canica?

Tres – No.

Uno – Entonces, ¿por qué mencionó lo de poner una canica en el suelo?

Tres – ¡Lo dije así, simplemente! Nunca dije que tenía una canica. ¿Creen que parezco alguien que juega con canicas?

Dos – Habría que encontrar a un niño.

Uno – Un niño con canicas.

Miran a su alrededor.

Tres – Hoy en día, niños que jueguen con canicas...

Dos – Sí...

Tres – Es verdad. Eso se ha perdido. Cuando yo era niño, todavía jugábamos con canicas.

Dos – Eran otros tiempos. Parece tan lejano. Ahora, si los niños juegan con canicas, sería a través de una aplicación en su móvil.

Uno – Bueno, eso no me dice si es la calle correcta.

Tres – ¿La calle correcta?

Dos – Le dijeron al final de la calle, pero no le dijeron el nombre de la calle.

Tres – ¿Solo al final de la calle?

Uno – Me dijeron la calle que baja.

Tres – ¿Que baja? ¿Pero en qué dirección?

Dos – Eso es lo que le dije...

Tres – Pero, ¿a dónde exactamente va usted?

Uno – ¡No voy a ningún lado! Estoy buscando mi coche.

Tres – Su coche...

Uno – Mi pareja me dijo que lo había aparcado en una calle que baja, pero no me dijo cuál...

Dos – ¿Fue hace mucho tiempo?

Tres – ¿Por qué? ¿Creen que la pendiente de la calle podría haber cambiado desde entonces?

Dos – Solo baja por esa calle y verá si su coche está aparcado allí.

Tres – Bajarla... o subirla. Esa es la cuestión.

Dos – ¿Le dijo frente a qué número?

Uno – Solo me dijo al final de la calle. En la parte superior.

Tres *(escéptico)* – ¿En la parte superior? Al final de una calle que baja...

Uno – Tengo un poco de miedo de perderme. Llevo dando vueltas ya unos buenos quince minutos.

Tres – Es cierto que parece girar un poco, al final, esa calle, ¿no?

Dos – Bueno... Eso lo explicaría todo...

Tres – ¿Qué explicaría?

Dos – ¿Cómo se llama la calle de enfrente?

Uno – ¿Esa calle? ¿La que también baja?

Tres – Yo diría más bien que sube, pero bueno...

Dos – Voy a ir a ver...

Dos va a comprobarlo. Tres mira en esa dirección.

Tres – No sé a dónde va esa calle, nunca la he tomado... Yo siempre voy al número 214 de la calle del Bucle. Dos veces por semana durante más de diez años.

Dos regresa.

Dos – ¡Increíble! La calle de enfrente también es la calle del Bucle, número 214.

Tres – ¿Esa calle es la calle del Bucle?

Dos – Sí, como esa otra.

Uno – ¿Cómo puede una calle descender en ambas direcciones?

Tres – Bueno, si es una calle circular...

Dos – Puede descender en ambas direcciones perfectamente...

Tres – Por eso su pareja le dijo la calle que baja...

Dos – Y al final de una calle que baja y que es circular, inevitablemente estás en la parte superior de la calle.

Uno – Ah sí, no es falso...

Tres – No me lo creo. Llevo diez años recorriendo la calle de punta a punta para ir al psicoanalista, siempre girando a la izquierda al salir de la boca. ¡Y resulta que estaba a la derecha!

Dos – ¿Qué boca?

Tres – ¡La boca del metro!

Uno – Ah sí, eso es realmente dar vueltas.

Dos – Si fuera usted, dejaría el psicoanálisis...

Uno *(volviéndose)* – Ah, sí, ahí está, justo allí...

Tres – ¿Qué?

Uno – ¡Mi coche!

Dos – Ah, ahí lo tiene.

Tres – Bien está lo que bien acaba.

Uno – Muchas gracias por su ayuda... Disculpen, tengo que irme, que ya llego tarde...

Dos – Pero por supuesto.

Uno se aleja. Los otros dos lo ven marcharse.

Tres – En cualquier caso, parece que a alguien no le funciona del todo bien la cabeza...

Dos – Ya...

2. Planes de carrera

Dos alumnas de secundaria (pueden interpretarlas adultas caracterizadas de adolescentes) llegan una tras otra, aparentemente a la salida del instituto.

Uno – ¿Te han dado las notas?

Dos – Sí.

Uno – ¿Qué media tienes?

Dos – Nueve.

Uno – Ah, qué bien...

Dos – ¿Y tú?

Uno – Cuatro y medio.

Dos – Es exactamente la mitad que la mía.

Uno – ¿La mitad de qué?

Dos – Cuatro y medio. La mitad de nueve.

Uno – ¿Tú crees?

La otra la mira sorprendida y renuncia a responder. Silencio.

Uno – ¿Y tú qué quieres ser de mayor?

Dos – No sé... *(Pausa)* Estoy entre fisioterapeuta y peripatética.

Uno – Mola... *(Pausa)* ¿Y qué es exactamente una fisioterapeuta?

Dos – Pues si alguien tiene un calambre, por ejemplo, llama a la fisioterapeuta y ella le da un masaje...

Uno – ¿Para quitarle el calambre...?

Dos – Sí...

Uno – Ah, vale... *(Pausa)* Una masajista, vamos.

Dos – Sí, pero ahora se llama fisioterapeuta.

Uno – Qué guay...

Dos – Viene del griego: «kinesis», movimiento, y «terapeuta», el que cura. Y hay que estudiar, claro, para ser fisioterapeuta.

Uno – ¿Estudiar griego?

Dos – Más bien latín. Para saber lo que son el radio, el cúbito, los estratocúmulos, Rómulo y Remo...

Uno – Mola... *(Pausa)* ¿Y se gana bien de fisioterapeuta?

Dos – No mucho. Ese es el problema. Por eso me planteo lo de peripatética...

Uno – Mmm... *(Pausa)* Peripatética... Eso es como una esteticista, ¿no?

Dos – Más o menos. Una esteticista que trabaja por la periferia. Por eso se llama peripatética.

Uno – Ah, vale... *(Pausa)* ¿Y se gana bien?

Dos – Mi hermana mayor es peripatética. Mi madre dice que gana diez veces más que ella.

Uno – ¿Y tu madre a qué se dedica?

Dos – A nada.

Uno – ¿A nada?

Dos – Está en el paro.

Uno – Vaya palo... ¿Y a tu hermana le gusta ser peripatética?

Dos – No lo sé. Mi padrastro la echó de casa nada más terminar la enseñanza obligatoria.

Uno – Vaya, qué fuerte...

Dos – Ya ves.

Uno – ¿Y tu padrastro a qué se dedica?

Dos – A nada...

Uno – ¿Está en el paro?

Dos – Está muerto.

Uno – Vaya... ¿Muerto, muerto? *(La otra no responde.)* Madre mía...

Dos – ¿Y tú qué piensas hacer cuando acabes el bachillerato? Si lo acabas...

Uno – Estoy entre varias cosas...

Dos – ¿Entre cuáles?

Uno – No lo sé.

Dos – ¿Y tus padres a qué se dedican?

Uno – Mi padre enseña griego.

Dos – ¿Y tu madre?

Uno – También enseña griego.

Dos – Qué fuerte...

Uno – Quieren que yo enseñe latín.

Dos – ¿Latín?

Uno – Dicen que no me da el nivel para enseñar griego.

Dos – Qué guay...

Uno – Pero es un trabajo seguro. Te presentas a unas oposiciones y ya está.

Dos – ¿Y de profesora de griego se gana bien?

Uno – Ni idea...

Dos – ¿Más que de peripatética?

Uno – Igual un poco menos.

Dos – Y encima hay que estudiar...

Uno – Hay oposiciones. ¿Para peripatética también hay oposiciones?

Dos – Mi hermana empezó nada más terminar la enseñanza obligatoria.

Uno – Ah, qué guay...

Permanecen en silencio por un momento.

Uno – Joder...

Dos – ¿Qué pasa?

Uno – Cuatro y medio... Mis padres me matan, fijo.

Dos – Pues diles eso.

Uno – ¿Qué?

Dos – Cuando llegues a casa, diles que quieres ser peripatética. Así te dejarán tranquila.

Uno – ¿Tú crees?

Dos – Claro...

Uno – Ah, entiendo...

Dos – Con la enseñanza obligatoria te basta.

Uno – Pues no es mala idea... *(Mira el reloj.)* Me tengo que ir o me matan de verdad.

Dos – Vale. Cuéntame después.

Uno – ¿El qué?

Dos – Qué opinan tus padres de tu proyecto profesional.

Uno – Ah, vale... Gracias por el consejo...

Uno se aleja. Dos suspira.

Dos – Es que hay que ser tonta...

3. La calle es de todos

Un hombre vestido de trabajadora sexual espera en la acera. Llega una mujer disfrazada de monja y parece disgustada al verlo.

Monja – ¿Qué demonios hace usted aquí?

Travesti – ¿No se ve?

Monja – Esta no es precisamente una zona de alterne. ¿No cree que desentona un poco aquí?

Travesti – ¿Es usted policía?

Monja – No exactamente...

Travesti – La calle es de todos, ¿no?

La monja le ofrece un billete.

Monja – Tenga, diez euros. Coja el billete y márchese, por favor.

El travesti mira el billete, sorprendido, pero no lo acepta.

Travesti – Gracias, hermana, es muy generoso por su parte. Pero me temo que tendré que quedarme.

Monja – ¡Solo le pido que se traslade al final de la calle!

Travesti – Sí, pero lo siento, no va a ser posible.

La monja reflexiona un momento, molesta, y luego decide algo.

Monja – Bien, ¿cuánto cobra por una felación?

Travesti – ¿Por qué? ¿Le interesa?

La monja saca dos billetes de veinte euros y se los ofrece.

Monja – Le doy otros cuarenta euros. Mi coche está a la vuelta de la esquina. ¿Por qué no va a comprobar si estoy allí? Puede considerarlo parte de su trabajo...

Travesti – Le estoy diciendo que no.

Monja – ¿Y por qué no?

Travesti – Porque tengo una buena razón para no moverme de aquí, por eso.

Monja – ¿Cuál es la razón?

Travesti – ¿Acaso yo le hago preguntas a usted?

Monja – No le impido que me haga preguntas. Siempre y cuando después se largue.

Travesti – Entonces, ¿por qué le molesta tanto que esté aquí? No es muy cristiano. Le recuerdo que Jesús se negó a condenar a la mujer adúltera...

Monja – Pues tratándose de adúlteros, yo soy más partidaria de la lapidación, ¿sabe?

Travesti – ¿Es una amenaza?

Monja – Mire, no tengo nada contra usted. Vigilo la casa de enfrente y quiero pasar desapercibida. Si estamos los dos, parece una concentración...

Travesti – ¿El número 13?

Monja – Sí, el número 13, ¿por qué?

Travesti – No, ahora pregunto yo. ¿Por qué le interesa tanto lo que ocurre en el número trece?

Monja – Digamos que van a verse dos personas casadas, pero no entre sí. Ya me entiende.

Travesti – ¿Y el cielo la envía para impedir ese pecado? ¿Es una especie de ángel de la guarda?

Monja – Más bien soy una cornuda.

Travesti – Ah, ya veo. ¿Es usted la mujer de...?

Monja – Ya veo que no se le puede ocultar nada.

El travesti se sorprende.

Travesti – Ah, sí, claro, eso cambia todo...

Monja – Entonces...

Travesti – Por cierto, enhorabuena por su disfraz. Nunca habría sospechado que...

Monja – Gracias.

Travesti – ¿Y qué le parece mi disfraz?

Monja – No me diga que usted también...

Travesti – Pues sí... Soy el marido engañado.

Monja – ¿De verdad?

Travesti – Pues sí...

Monja – Increíble. Pues felicidades también. Yo tampoco habría adivinado que...

Travesti – Y ahora, ¿qué hacemos?

Monja – Es cierto que nuestros disfraces son perfectos, pero...

Travesti – Sí, lo menos que se puede decir es que nuestra combinación es bastante improbable.

Monja – Y muy llamativa.

Travesti – Realmente es una mala suerte.

Monja – Terminaremos llamando la atención, eso es evidente.

Travesti – Lástima que no hayamos podido coordinarnos.

Monja – Podemos fingir que no nos conocemos.

Travesti – De acuerdo... Podemos intentarlo...

Monja – De todos modos, no deberían tardar en llegar.

Un momento en el que intentan ignorarse mutuamente.

Travesti – Solo tomaré algunas fotos con mi teléfono y me iré. Es para mi abogado.

Monja – Había pensado en contratar a un detective para las fotos, pero es tan caro.

Travesti – Y tan cliché.

Monja – Si sus fotos salen mal, le enviaré las mías. Déjeme su dirección de correo electrónico.

Travesti – Tome mi tarjeta.

Le entrega una tarjeta a la otra, que la toma.

Monja – ¿Trabaja usted en ese parque empresarial?

Travesti – Sí, ¿por qué?

Monja – Yo también, aunque en otra empresa.

Travesti – Al menos tenemos algo en común.

Monja – Es curioso que no nos hayamos cruzado antes.

Travesti – Quizá nos hayamos cruzado alguna vez. Pero supongo que usted tampoco va a trabajar vestida así...

Monja – No, tiene razón...

Un momento.

Travesti – ¿Fuma usted?

Monja – No, gracias...

Travesti – Yo tampoco fumo. Solo quería saber si usted fuma.

Monja – ¿Ah, sí? ¿Y por qué?

Travesti – Mi mujer fuma. Es insoportable.

Monja – Lo comprendo. Mi marido también fuma.

Travesti – Al menos tienen eso en común. Tal vez se conocieron en una tabaquería...

Monja – Quién sabe...

Travesti – Ah, creo que ahí están.

Monja – No me atrevo a mirar... Seguro que nos descubren.

Travesti – Solo nos queda hacerlo como en las películas.

Monja – ¿En las películas?

Él la abraza y la besa largamente. Poco a poco se separan.

Travesti – Creo que entraron en el número 13.

Monja – ¿Está seguro de que eran ellos?

Travesti – No del todo, la verdad... No miré bien... Resulta que tenía la mente en otro lugar...

Monja – A mí también se me fue la cabeza... ¿Cree que nos reconocieron?

Travesti – Francamente, lo dudo. Con nuestros disfraces...

Monja – Me parece que sería mejor marcharnos.

Travesti – Me pregunto si no debería confiar este asunto a un detective privado, de todos modos.

Monja – Sí, al fin y al cabo, para eso están los profesionales.

Travesti – Pero pensándolo bien, ¿por qué no contratar al mismo detective para nuestros dos casos? Después de todo, serán las mismas fotos, ¿no?

Monja – Tiene razón. Sería absurdo duplicar los gastos. Compartiremos los honorarios...

Travesti – Ni hablar, invito yo...

Monja – Es usted un caballero como quedan pocos. Y ni siquiera sé cómo se llama...

Travesti – Jerónimo. Creo que será mejor no seguir aquí. ¿Le apetece tomar algo conmigo?

Monja – No sé si será prudente, pero...

Travesti – Lo complicado será encontrar un lugar donde podamos pasar inadvertidos.

Monja – Sí, eso no será fácil...

Salen.

4. Sobre ruedas

Un personaje llega arrastrando un perro de juguete con ruedas atado a una correa. Otro aparece con una cajetilla de cigarrillos (puede adaptarse el género de los personajes).

Dos – Entonces, ¿ya has vuelto?

Uno – ¡Ah, hola! Sí, sí, volví esta mañana. ¿Y tú?

Dos – Anoche.

Uno – ¿Mucho tráfico en la carretera?

Dos – Salimos temprano, afortunadamente, porque si no...

Uno – Sí... Se acabaron las vacaciones...

Dos – Eso decimos, pero en el fondo nos alegramos de estar de vuelta en casa, ¿no?

Uno – Mmm...

Dos – No se puede estar de vacaciones todo el tiempo. Al final, nos aburriríamos. *(Le ofrece al otro su paquete de cigarrillos.)* ¿Un cigarrillo?

Uno – Gracias, lo dejé.

Dos – ¿Ah, sí?

Uno – Los buenos propósitos de la vuelta de vacaciones, ya sabes... Ahora vapeo...

Saca un cigarrillo electrónico y comienza a vapear. El otro guarda su paquete de cigarrillos.

Dos – Bueno, supongo que debería hacer lo mismo... *(Saca una caja de pastillas, toma una, se dispone a guardarla pero cambia de opinión.)* Oh, perdón, ¿quieres una? Es un relajante suave... En teoría, solo se obtiene con receta, pero son muy ligeros...

Uno – Gracias, también dejé los medicamentos...

Dos – Vaya... Esto ya no son solo buenos propósitos. ¿Has encontrado a Dios este verano y has venido a recoger tus cosas antes de encerrarte en un monasterio?

Uno – Tú, al menos, no has hecho el voto de silencio...

Dos – Bueno, supongo que tienes razón. Yo también debería dejarlo.

Uno – ¿Dejarlo... de decir tonterías, quieres decir?

Dos – ¡Dejar los medicamentos!

Uno – Ah sí, claro... Es cierto que no tienes muy buen aspecto. Para alguien que regresa de vacaciones...

A Dos se le cambia un poco la cara.

Dos – ¿Y tu mujer, cómo está?

Uno – A decir verdad... también he dejado a mi mujer.

Dos – ¿Dejado?

Uno – No parábamos de discutir. Así que, en su lugar, me he comprado... una cosa hinchable...

Dos – Ah sí... Sí, eso... Es menos complicado, eso seguro...

Uno – La hincho todas las noches. Vemos un poco la tele y luego... ¿Y tú?

Dos – ¿Yo? Sigo con la mía, a la antigua. De momento es ella la que me hincha a mí todas las noches...

Uno – Entiendo...

Incómodo silencio.

Dos – Y el perro, ¿cómo está?

Uno – ¿El perro? Sobre ruedas.

Dos – Ah sí, no me había dado cuenta, vaya... Entonces también has dejado al perro...

Uno – Este no ladra y al menos no tengo que recoger sus cacas.

Dos – Claro... Pero entonces, ¿por qué sigues sacándolo a pasear?

Uno – Supongo que es costumbre... Pero tienes razón, creo que también dejaré de llevar al perro a hacer pis... Así evitaré los encuentros indeseables...

Nuevo silencio.

Dos – Te sugeriría ir a tomar una cerveza, pero ya me imagino cuál será tu respuesta...

Uno – He dejado el alcohol...

Dos – Ya me lo imaginaba.

Un momento.

Dos – ¿Un café, tal vez?

Uno – He dejado la cafeína.

Dos – ¿Un descafeinado?

Uno – Bueno... Con un edulcorante entonces. Y a condición de que me prometas que te calles un poco.

Dos – Eso es lo que siempre le digo a mi esposa. Todo sería mucho más sencillo si la gente dejara de hablar sin decir nada.

Uno – A quién se lo dices...

Dos – Hay momentos en los que...

Uno – ...uno preferiría no oír hablar de ciertas cosas.

Dos – Eso es. Y con tu... cosa hinchable, ¿tú...?

Uno le lanza una mirada de advertencia.

Dos – Vale, no digo nada más.

Empiezan a alejarse.

Uno – Vamos, ven, perro.

Dos – ¿Se llama "perro"?

Uno – ¿No me prometiste que te calmarías un poco?

Dos – Perdón...

Uno – Creo que también voy a dejar de lado a los vecinos...

Se van.

5. El precio justo

Una mujer espera en la acera. Un hombre se acerca con timidez.

Uno – Disculpe... Usted...

Dos – Sí, sí...

Uno – Y... ¿Cuánto cuesta?

Dos – Yo... No lo sé...

Uno – ¿No lo sabe?

Dos – Es que... Para decirle la verdad, es la primera vez...

Uno – ¿La primera vez?

Dos – No, claro, no es la primera vez que... Quiero decir que es la primera vez que... Bueno, estoy empezando en este negocio, ya sabe... Así que obviamente no conozco bien las tarifas...

Uno – Ya veo...

Dos – ¿Cuánto me daría usted entonces?

Uno – No lo sé... Alrededor de veintisiete...

Dos – ¿Veintisiete euros?

Uno – Eh... No... Veintisiete años...

Dos – ¡Ah, entendido!

Uno – De hecho, yo tampoco tengo ni idea de los precios...

Dos – Ya me lo imaginaba... Veintisiete euros es bastante preciso... Para alguien que no conoce los precios... No, quiero decir... ¿Cuánto me daría usted por...

Uno – Perdón, nos hemos entendido mal... Yo tampoco tengo experiencia... También es la primera vez para mí...

Dos – ¿La primera vez?

Uno – No, no es la primera vez... Quiero decir que es la primera vez que...

Dos – Claro... Después de todo, tiene que haber una primera vez...

Uno – Entonces, en ese caso... No tengo ni idea de las tarifas actuales... De hecho, por eso le preguntaba por las tarifas... de sus servicios.

Dos – En ese caso, no será fácil... Si ninguno de los dos conoce los precios... No sé, ¿cuánto me daría usted...? Así que esta vez no estoy hablando de mi edad, ¿estamos de acuerdo...?

Uno – Claro... Disculpe...

Dos – No se disculpe. Además, tengo treinta y dos años... Debería agradecerle su caballerosidad... Entonces...

Uno – ¿Entonces qué?

Dos – ¿Cuánto?

Uno – Ah sí... Quiero decir que... Es difícil decirlo así...

Dos – Diga un precio. ¿Cuánto estaría dispuesto a pagar?

Uno – No sé... ¿Ciento cincuenta...?

Dos – ¿Ciento cincuenta?

Uno – Lo siento mucho... Obviamente, no es suficiente...

Dos – ¿Está bromeando? ¡Pero eso es demasiado!

Uno – ¿Lo cree?

Dos – No conozco los precios, pero... ciento cincuenta euros es realmente tirar el dinero por la ventana. Y además le dije que no tengo experiencia...

Uno – No estoy seguro de que en ese caso, la experiencia...

Dos – Aun así... O me paga después.

Uno – ¿Después?

Dos – Me dará lo que quiera. Si está satisfecho. ¡Satisfecho o le devuelvo el dinero, por así decirlo!

Uno – No, la verdad, me daría apuro...

Dos – Sí, pero entonces, ¿qué hacemos?

Uno – Disculpe que le pregunte esto, pero... ¿Por qué está...?

Dos – ¿Por qué hago la calle?

Uno – No está obligada a responderme, por supuesto.

Dos – Es por una vidente.

Uno – ¿Una vidente?

Dos – Me leyó los lóbulos de las orejas... Sí, era una vidente especializada en eso. Por lo visto, es algo muy poco habitual. Por eso me la creí...

Uno – ¿Y qué vio en su oreja?

Dos – Me dijo que veía el amor... y una acera. Desde entonces, no sé cómo, todo se fue encadenando como si estuviera escrito. El destino, supongo...

Uno – Tal vez era una vidente principiante también... O tal vez lo interpretó mal...

Dos – ¿Usted cree eso?

Uno – No lo sé... Leer en los lóbulos de la oreja es bastante delicado, después de todo...

Dos – ¿Y usted?

Uno – ¿Por qué llegué a esto? Bueno, digamos que... Tuve algunas decepciones amorosas y... Llegué a preguntarme si...

Dos – Si no era más fácil así.

Uno – Exacto. Pero me doy cuenta de que probablemente no es una buena idea.

Dos – ¡Ah no, no me diga que se va así! Es mi primer cliente y le encuentro bastante simpático...

Uno – Gracias, pero... Ahora me incomoda un poco...

Dos – ¿Ahora?

Uno – Ahora que hemos hablado...

Dos – ¿Piensa que hablo demasiado, verdad?

Uno – ¡Para nada, al contrario! Pero justamente, ahora que nos hemos conocido un poco...

Dos – ¿Y si no le cobrara?

Uno – Está bromeando... No, de verdad, me incomodaría...

Dos – Considérelo una oferta de lanzamiento... Una prueba gratis...

Uno – Aun así, no sé si... Permítame al menos invitarla a cenar antes...

Dos – Si insiste...

Uno – Vamos...

Empiezan a alejarse.

Dos – Ahora que lo pienso, creo que usted tiene razón. Seguramente esa vidente también estaba empezando. De todos modos, a mí tampoco me cobró...

Salen.

6. El hombre de la calle

Un personaje espera en la calle. Llega otro.

Dos – Disculpe, ¿es usted el hombre de la calle?

Uno lo mira con sorpresa.

Uno – Por lo menos, no soy el hombre del campo...

Dos – Estoy de prácticas en un instituto de sondeos. Me han pedido que entreviste al hombre de la calle. ¿Tiene un momento?

Uno – Estoy esperando el autobús...

Dos – ¡Estupendo! Precisamente es una encuesta ómnibus.

Uno – ¿Ómnibus?

Dos – Es una encuesta que reúne preguntas de distintos clientes, sin relación entre sí. Sale más barato, ¿entiende?

Uno – No...

Dos – Cada cliente compra un billete y puede hacer una pregunta en ese ómnibus, en vez de alquilar un autobús entero.

Uno – No entiendo nada. ¿Es una encuesta sobre el transporte público?

Dos – Primera pregunta: «Está demostrado históricamente que Jesucristo nunca iba a misa». ¿Totalmente de acuerdo, bastante de acuerdo...?

Uno – ¿Está seguro de que sus compañeros no le están gastando una novatada?

Dos – ¿Más bien en desacuerdo, totalmente en desacuerdo...?

Uno – ¿Esto es una cámara oculta?

Dos – Apunto «más bien en desacuerdo»...

Uno – La pregunta es una estupidez.

Dos – Pues la encargó alguien de muy arriba, créame.

Uno – ¿Quién?

Dos – No puedo revelarlo. Secreto profesional. Segunda pregunta: ¿Está de acuerdo con el programa de un partido nacionalista si quitamos sus dos propuestas más importantes?

Uno – ¿Me está tomando el pelo?

Dos – ¡En absoluto!

Uno – ¿Cómo quiere que conteste a una pregunta así?

Dos – Esta solo admite «sí» o «no».

Uno le dirige una mirada desesperada.

Dos – Pondré «no sabe»...

Uno – Supongo que solo falta la tercera pregunta...

Dos – En realidad hay alguna más, pero...

Uno – Diga que se ha averiado el ómnibus.

Dos – Veamos: ¿por qué existe algo en lugar de no existir nada? Esta es abierta. Me consta que la encargó una persona particular y la pagó de su bolsillo.

Uno – Será un profesor de filosofía.

Dos – No. La esposa de un carnicero especializado en carne de caballo.

Uno – Si uno está casado con un carnicero de caballos, comprendo que termine planteándose preguntas existenciales...

Dos – ¿Y qué responde?

Uno – ¿Cuánto espacio tiene en el formulario?

Dos – Ciento cuarenta caracteres, como en los antiguos mensajes de las redes sociales.

Uno – Si los filósofos se hubieran limitado a ciento cuarenta caracteres, la filosofía sería mucho más popular en los institutos.

Dos – Entonces, ¿su respuesta?

Uno – ¿Por qué hay algo y no nada? Porque sin nada no habría caballos, mataderos, carnicerías ni nadie tras el mostrador que preguntara tonterías.

Dos – Vaya...

Uno – ¿Qué?

Dos – ¡Ciento cuarenta caracteres exactos!

Uno – Bueno, ahí viene mi autobús. Tengo que irme.

Dos – ¿Me deja su nombre y un teléfono? A veces comprueban que no hayamos inventado las respuestas.

Uno le entrega una tarjeta.

Uno – Aquí tiene.

Uno se marcha. Dos consulta la tarjeta.

Dos *(leyendo)* – Señor de la Calle... *(Mira a su alrededor.)* Por cierto, ¿en qué calle estamos?

7. El número correcto

Una persona (hombre o mujer) sin hogar está allí, mendigando. Un hombre y una mujer llegan. Lo evitan cuidadosamente.

Ella – Hay muchos más marginados en este vecindario que antes, ¿no?

Él – Es cierto, cuando vivíamos aquí, no había tanta gente en la calle.

Se detienen y miran la fachada de un edificio.

Él – ¿Recuerdas?

Ella – Sí.

Él – Estaba en el sexto, ¿verdad?

Ella – En el séptimo.

Él – Ah sí, es cierto.

Ella – Parece tan lejano...

Él – Casi no teníamos muebles.

Ella – No teníamos lavavajillas.

Él – Ni siquiera teníamos internet rápido.

Ella – La vida bohemia...

Él – No teníamos mucho, pero éramos felices.

Ella – ¿Realmente somos más felices ahora?

Él – El dinero no da la felicidad, eso está claro.

Ella – Nos conformábamos con lo que teníamos, y no éramos más infelices por ello.

Él – Éramos jóvenes. Nos amábamos.

Ella – ¿Todavía somos jóvenes, no? Y seguimos queriéndonos, ¿verdad?

Él – Es cierto, apenas han pasado seis meses.

Ella – ¡Seis meses! Parece que han pasado diez años.

Él – A mí también me lo parece. Casi he olvidado nuestra vida anterior. ¿Estás segura de que es el número correcto, al menos?

Ella – Ah sí, definitivamente. El número 13. No me digas que también olvidaste eso. ¡El número complementario!

Contemplan la fachada un momento, con una sonrisa bobalicona.

Él – Sesenta millones, ¿te das cuenta?

Ella – Cambia la vida, eso es seguro.

Él – Ya no estamos obligados a vivir en el séptimo piso de un edificio.

Ella – Bueno, me gustaba ese apartamento. Tenía una vista muy bonita del parque y del museo.

Él – Sí. Pero no era muy grande.

Ella – Trescientos metros cuadrados, para los dos, ya era bastante.

Él – Aun así. En el séptimo piso.

Ella – Con ascensor...

Él – ¿Te acuerdas de cuando se estropeó el ascensor? La empleada tuvo que subir los siete pisos cargada con nuestros paquetes de agua durante una semana.

Ella – Pobre...

Él – De todos modos, estoy seguro de que ella es mucho más feliz ahora que vivimos en una villa de una sola planta en un barrio tranquilo.

Ella – Vivir en el centro, es muy cómodo, pero resulta ruidoso.

Él – Por eso habíamos elegido aquel dúplex en la última planta.

Ella – Ah sí, es cierto... Era un dúplex...

Él – Por eso ya no recordaba si era el sexto o el séptimo.

Ella – Tienes razón. De hecho, teníamos los dos pisos.

Nuevo silencio emocionado.

Él – Vamos, volvamos. No vamos a caer en la nostalgia.

Ella – Y además el conductor nos espera.

Él – Para eso le pagan, ¿no?

Ella – Entonces, ¿cuántos millones tenemos ahora?

Él – Ya teníamos diez millones de mi familia.

Ella – Y otros veinte de la mía.

Él – Con los sesenta millones de la lotería...

Ella – Entonces serán unos ochenta.

Él – Si me permites, yo diría que noventa...

Ella – Yo y los números, ya sabes... Nunca supe contar.

Él – No eres una mujer interesada. Por eso me casé contigo.

Se van evitando cuidadosamente al mendigo.

Ella – Tal vez podríamos darle algo...

Él – Solo llevo billetes grandes...

8. Segunda oportunidad

Un mendigo llega. Ve una moneda en el suelo y la recoge.

Uno – Dos euros... Es mi día de suerte.

Llega otro mendigo.

Dos – Hola...

Uno – Hola... Nunca te había visto por esta calle.

Dos – No, soy nuevo. ¿Y qué? ¿Te molesta?

Uno – Me sorprende, eso es todo.

Dos – La calle es de todos, ¿no?

Uno – La calle, quizás... Pero la acera...

Dos – Y tú, ¿cuánto tiempo llevas ocupando esta acera?

Uno – Este lugar es mi hogar.

Dos – Así que eres un tipo hogareño, ¿eh?

Uno – Tengo mis pequeñas costumbres, sí. Conozco a todo el mundo.

Dos – Conoces a todo el mundo. Pero nadie te conoce.

Uno – En todo caso, no te conozco a ti.

Dos – Bueno, yo a ti sí te conozco.

Uno – ¿Me conoces a mí?

Dos – ¿De verdad no te acuerdas de mí?

Uno – No.

Dos – Es cierto que he cambiado un poco. Tú también, por cierto.

Uno – No me gustan mucho los acertijos.

Dos – Imagíname afeitado, con traje y corbata, detrás de un escritorio de imitación caoba.

Uno – Perdona, pero me cuesta entenderlo.

Dos – Yo era tu asesor patrimonial en el banco.

El otro se queda momentáneamente petrificado.

Uno – ¡Canalla! ¿Vienes a reírte de mí después de las inversiones con las que me arruinaste?

Intenta saltarle al cuello, pero el otro esquiva.

Dos – ¡Con calma! Podemos hablar, ¿no? Y justamente, tengo un negocio que proponerte.

Uno – ¿Un negocio? ¡Precisamente acabé en la calle por las inversiones desastrosas que me recomendaste!

Dos – Esta vez es diferente, te lo aseguro. Es absolutamente sin riesgo.

Uno – ¿Sin riesgo? ¡Claro que es sin riesgo! ¿Qué más puedo perder? ¡Solo me dejaste la camisa que tengo puesta!

Dos – Lo has dicho tú mismo, no tienes nada que perder, y yo tampoco. Entonces, ¿sí o no? ¿Quieres que te dé una oportunidad para recuperarte?

Uno – ¡No!

Dos – Muy bien... Entonces, mala suerte para ti. Intentaré encontrar otro socio. Te dejo, porque no tengo tiempo que perder. Es una oportunidad única que debo aprovechar en la próxima hora.

Comienza a irse.

Uno – Vale, sigue hablando...

Dos – ¿Estás seguro?

Uno – Te escucho...

Dos – Bueno, resulta que me quedaba un billete de cincuenta euros.

Uno – ¿Eso es todo lo que te quedaba de lo que me robaste?

Dos – Decidí jugármela. Fui a ver a una vidente hace un rato y me dio los cinco números del próximo sorteo de lotería.

Uno – ¿Es una broma?

Dos – Te lo aseguro, ella estaba muy segura de sí misma.

Uno – Muy bien. ¿Vas a hacerte millonario entonces? Me alegro por ti. ¿Y en qué me concierne a mí? ¿Planeas devolverme con tu gran premio, verdad?

Dos – No exactamente.

Uno – Curioso, pero ya me lo imaginaba.

Dos – Le di los cincuenta euros que me quedaban por esa información privilegiada... y ahora no tengo ni dos euros para jugar a la lotería.

Uno – ¿Y...?

Dos – ¡Solo me queda una hora!

Uno – ¿Y entonces?

Dos – Bueno, me preguntaba si... si estarías dispuesto a invertir en este negocio. Tú pones los dos euros. Y compartimos las ganancias. Dos tercios para mí, un tercio para ti.

Uno – En resumidas cuentas, ¿quieres que te dé los dos euros que acabo de encontrar para comprar un boleto de lotería porque una vidente te ha dado los números ganadores?

Dos – ¡Entonces sí tienes dos euros para invertir en este negocio! No te arrepentirás, créeme.

Uno – ¿Pero tú te crees que soy idiota? ¡Con estos dos euros puedo comprar una barra de pan y una botella de vino!

Dos – ¡Pero yo te propongo hacer fortuna!

Uno – ¡Tú fuiste quien me arruinó!

Dos – Me decepcionas, ¿sabes? ¡Incluso en el caso muy improbable de que esa vidente se haya equivocado, te estoy ofreciendo ganar 60 millones! Y tú me hablas de una barra de pan y una botella de vino. ¿Sabes qué? No eres digno de ser mi socio en este negocio. Bueno, te dejo...

Está a punto de irse.

Uno – Está bien. A medias. Aunque el riesgo financiero lo asumo yo. Como siempre...

Dos – De acuerdo, pero eres duro en los negocios.

Extiende la mano y el otro le da los dos euros.

Dos – No te arrepentirás, créeme. Espérame aquí, volveré. ¡Esta noche seremos ricos!

Uno – Antes de conocerte, ya lo era.

El otro se va.

Uno – ¿Por qué tengo la desagradable sensación de que me están timando otra vez?

9. En la calle

Un hombre está allí vestido como un niño. Llega una mujer, también vestida como una niña.

Dos – ¿Pero qué te pasa? No parece que estés bien.

Uno – No...

Dos – ¿Dónde están tus hijos?

Uno – Mis hijos acaban de abandonarme.

Dos – ¿En plena calle así? ¡Pero es monstruoso! ¿Cómo se puede hacer eso a un adulto? ¿Eran tus hijos biológicos?

Uno – No, soy adoptado. Me recogieron en la APA hace apenas un año...

Dos – ¿La APA?

Uno – La Asociación Protectora de Adultos.

Dos – ¡Ahí está! Los niños han perdido todo sentido de responsabilidad en estos días. Adoptan a un padre o madre por capricho, sin pensar en todas las responsabilidades que implica, alimentarlo, vestirlo, pasearlo... Y cuando ya no les apetece, lo abandonan en la acera. ¡Un adulto no es un objeto, después de todo! ¡No es un juguete!

Uno – ¿No quieres adoptarme tú?

Dos – Pobrecito. Lo haría de corazón, pero ya soy la sirvienta de una familia de cinco hermanos y hermanas. Así que si volviera a casa con un compañero, no estoy segura de que estén de acuerdo...

Uno – Qué pena. Parecías amable. Y tus hijos, ¿al menos te tratan bien?

Dos – Bueno... Una vez se olvidaron de mí en un área de servicio, cuando íbamos de vacaciones. Fue sin querer, claro, pero pasé un susto... ¡Pensé que me habían abandonado! Una hora después volvieron a buscarme...

Uno – ¿Una hora?

Dos – La siguiente salida estaba bastante lejos... Entonces, ¿qué vas a hacer ahora?

Uno – No lo sé...

Dos – ¿Tienes algún tatuaje al menos?

Uno – Sí... Me tatuaron su número de teléfono móvil en el hombro izquierdo...

Dos – Eso demuestra cierta confianza.

Uno – ¿Tú crees?

Dos – Eso significa que al menos al principio, no tenían la intención de abandonarte... Aunque, en el hombro izquierdo, no debe ser fácil para ti leer ese número.

Uno – Afortunadamente, me sé el número de memoria...

Dos – ¿Has intentado llamarlos?

Uno – Me sale el buzón de voz. Tal vez hayan cambiado de número.

Dos – ¿Estás seguro de que lo hicieron a propósito?

Uno – Estábamos en la calle. Yo iba caminando delante. En un momento dado, me giré y ya no estaban.

Dos – Ah sí, los niños a menudo hacen eso cuando quieren deshacerse de sus adultos... Bueno, desafortunadamente, también tendré que dejarte.

Uno – ¿Dejarme?

Dos – Quiero decir... Mis hijos están en esa juguetería. Está prohibida la entrada a los adultos. Pero no tardarán en salir...

Suena el teléfono de Uno.

Uno – ¿Diga? Ah, eres tú... No, no, creía que os había perdido... Ah, ¿también estáis en esa tienda? Sí, sí, estoy aquí fuera con otra persona adulta. No, os espero. Tomaos vuestro tiempo... (Guarda el móvil.) Eran ellos...

Dos – Ves, no tenías que tener miedo... Los niños, después de todo, no nos abandonan así.

Uno – Tienes razón... Me he alarmado demasiado pronto... ¿Vives por este barrio?

Dos – Sí, sí... Justo al final de la calle...

Uno – Entonces podremos vernos de vez en cuando...

Parece ver algo.

Uno – Ahora sí que tengo que dejarte. Ya salen de la tienda y odian esperar... (Hacia un lado del escenario.) ¡Sí, ya voy! ¿Habéis encontrado algo que os guste?

Uno se marcha. Dos se queda pensando.

Dos – Qué vida de perros...

10. La manifestación para nadie

Dos personajes esperan con pancartas en blanco. Llega un tercero.

Tres – Disculpen, ¿aquí es donde comienza la manifestación?

Uno – Sí, sí, aquí es.

Tres – Bueno...

Dos – Partimos desde aquí, y vamos hasta... ¿Hasta dónde exactamente vamos?

Uno – Entonces creo que esta vez es... Escucha, en realidad no sé exactamente. Pero ya veremos, ¿no?

Dos – Después de todo, solo tenemos que seguir a los demás.

Tres – Ah, muy bien...

Uno – ¿Vienes a manifestarte con nosotros?

Tres – Sí, es decir... Espero no haberme equivocado de manifestación.

Dos – ¿Hay otra manifestación hoy?

Tres – Ah, pensé que lo sabían. Hay una contramanifestación.

Uno – ¿Una contramanifestación? ¿Sabías que había una contramanifestación?

Dos – No... Vaya... Esto podría ponerse complicado. Si el recorrido de la contramanifestación se cruza con el de la manifestación.

Uno – ¿Crees que podríamos encontrarnos?

Dos – No lo sé... ¿Por dónde pasan ellos?

Tres – No lo sé.

Uno – De todas formas, como nosotros no sabemos por dónde vamos a pasar...

Dos – Sí, bueno, en realidad tienes razón.

Un momento.

Uno – ¿Qué has escrito en tu pancarta?

Dos – Aún no he escrito nada. Estoy sin ideas...

Reflexionan.

Tres – Tal vez pueda ayudarles.

Uno – ¿Por qué no?

Los tres reflexionan.

Tres – Perdonad que os pregunte, pero quiero estar seguro de no equivocarme... ¿Por qué os manifestáis exactamente?

Dos – ¿Por qué? ¿Quieres decir en contra de qué?

Tres – Ah, no sé, yo... Pensé que los demás estaban manifestando en contra...

Uno – ¿Los demás?

Tres – La contramanifestación...

Dos – Ah, no, la contramanifestación, ellos están a favor.

Tres – ¿A favor?

Uno – Parece que no estás muy acostumbrado a las manifestaciones, ¿verdad?

Tres – Eh... No, debo admitir que esta es mi primera manifestación.

Uno – Bueno, entonces te explicamos. Nosotros, en esta manifestación, estamos en contra.

Tres – ¿En contra? ¿En contra de qué?

Dos – Depende de la ocasión, obviamente. Pero estamos en contra en general.

Tres – Ya veo...

Uno – Los demás, en la contramanifestación, están en contra de que estemos en contra.

Tres – Creo que voy entendiendo... En general, quiero decir. Pero hoy, en concreto, ¿contra qué os manifestáis?

Uno – ¿Contra qué? Contra qué estamos manifestando hoy, no me viene a la mente ahora mismo...

Dos – No sé... Todavía no he escrito nada en mi pancarta... Esperaba saber cuál era el lema.

Tres – ¿Una consigna? Pensaba que estabais en contra del orden establecido. ¿Y ahora vais a obedecer órdenes?

Los otros dos se miran.

Uno – Eres astuto, ¿verdad? ¿Estás tratando de confundirnos?

Dos – ¿No serás un policía de paisano, por casualidad?

Tres – ¿Un policía?

Uno – ¡Un infiltrado, vamos!

Dos – ¿Estás aquí para desmoralizarnos, verdad?

Tres – Ah, no, de ninguna manera. No soy policía. Bueno, no tengo nada en contra de la policía. Pero tampoco tengo nada a favor.

Dos – Vale, está bien. ¿Pero qué haces aquí entonces?

Tres – Pues les digo... Tengo ganas de involucrarme más...

Uno – Bueno, en ese caso, eres bienvenido.

Tres – Gracias... Pero me gustaría saber por qué voy a manifestar.

Dos – ¡Pero si ya te hemos dicho que no se nos ocurre nada!

Tres – Ah, sí, pero eso es molesto.

Uno – Siempre decidimos en el último momento para evitar que nos manipulen.

Tres – ¿Y la contramanifestación?

Uno – Aparentemente, hoy nos llevan algo de ventaja...

Dos – Entonces, ¿estás con nosotros o estás en contra de nosotros?

Tres – Creo que tendré que pensarlo un poco más... Tal vez me emocioné demasiado rápido... En definitiva, me pregunto si realmente estoy listo para comprometerme... ¿Me disculpan?

Se va.

Uno – Hay gente, te lo juro...

Dos – Cuando no se tiene madurez política...

Uno – ¿Estás seguro de que no era un policía?

Dos – Quién sabe...

Uno – Aun así, es extraño.

Dos – ¿Qué?

Uno – Solo somos dos.

Dos – Es cierto, tienes razón.

Uno – ¿Estás seguro de que es hoy la manifestación?

Dos – Ya no lo sé, ahora. Ese tipo me confundió por completo.

Uno – Como no tenemos consignas.

Dos – Tal vez haya habido un cambio de planes.

Uno – Propongo que volvamos mañana, ¿no?

Dos – Tienes razón. Por lo visto, las bases aún no estaban preparadas para una manifestación de esta envergadura.

Uno – Ya sabes lo que dicen: no hay que tener razón demasiado pronto.

Dos – Espero que no nos crucemos con la contramanifestación, de todos modos, sería vergonzoso...

Uno – Pareceríamos dos idiotas, sí.

Dos – ¿Tú crees?

Salen.

11. ¡A barrer!

Dos barrenderos. Están barriendo. Uno recoge algo del suelo.

Uno – Es increíble todo lo que se puede encontrar en las alcantarillas.

Dos – ¿Qué es?

Uno – Una oreja.

Dos – ¿Qué?

Uno – ¡Una oreja, te digo!

Dos – ¿Una oreja? ¿En serio? Déjame ver... Ah, sí, es una oreja, vaya.

Comienza a mirar por el suelo.

Uno – ¿Qué estás buscando?

Dos – Estoy viendo si no está la segunda.

Uno – ¿Por qué tendría que haber una segunda?

Dos – No lo sé... Las orejas vienen en pares, ¿no?

Uno – Las orejas vienen en pares... Qué tontería...

Permanecen perplejos por un momento, apoyados en los mangos de sus escobas.

Dos – ¿Qué vamos a hacer con esta oreja?

Uno – ¿Qué quieres que hagamos?

Dos – No lo sé. Tal vez deberíamos intentar encontrar a su dueño.

Uno – ¿Qué crees que hará con ella?

Dos – Me parece que si yo perdiera una oreja y alguien la encontrara, me gustaría que me la devolvieran.

Uno – ¿Cómo que si perdieras una oreja? ¡No se pierden las orejas como se pierden las llaves! ¿Cómo puedes perder una oreja sin darte cuenta?

Dos – Tienes razón... ¿Cómo habrá perdido esa persona una oreja?

Uno – También podría ser una mujer.

Dos – ¿Una mujer? ¿Por qué una mujer?

Uno – ¿Por qué no una mujer? Las mujeres también tienen orejas, ¿no? De lo contrario, ¿dónde colgarían sus pendientes?

Dos – Pero esta oreja no lleva pendientes.

Uno – Tal vez era una mujer que no llevaba pendientes...

Dos – Es horrible...

Uno – ¿Qué pasa?

Dos – Saber que en algún lugar, hay una mujer caminando por la calle con una sola oreja.

Uno – La mujer de la oreja cortada...

Justo en ese momento, una mujer se acerca.

Tres – Leo las líneas de la mano. ¿Me presta la suya?

Uno – En realidad, necesitamos a alguien que lea los lóbulos de las orejas. ¿Sabe hacerlo?

Tres – Habría que verlo...

Le ofrece la oreja.

Uno – Tome, le presto una oreja muy atenta.

Dos – Lo que realmente queremos saber es a quién pertenece esta oreja.

La vidente parece concentrarse.

Tres – Veo... una escoba.

Dos – ¿Cree que esta oreja podría haber pertenecido a una bruja?

Uno – Una escoba... Por supuesto, somos barrenderos, ¡así que ella ve escobas! Si fuéramos pescaderos, olería a pescado. Y si fuéramos marineros, escucharía el mar...

Tres – Por ahora solo siento malas vibraciones...

Dos – Encontramos esta oreja barriendo las hojas muertas en la alcantarilla.

Uno – El otoño es la temporada alta para los barrenderos... Las orejas caídas se recogen a montones...

Dos – ¿Qué más ve?

Tres – Veo... *(Agitando la oreja como en trance)* No veo nada, pero oigo algo.

Uno – Ahora una vidente que escucha...

Dos – ¿Y qué oye?

Tres – Oigo una voz que viene de muy lejos.

Dos – ¿Y qué dice esa voz?

Tres – ¡Escucho... números!

Uno – ¿Números?

Dos – Debe ser un mensaje codificado.

Tres – Cinco números... Y un sexto...

Dos – ¡El número complementario!

Tres – Sí... Sí, eso parece... ¡Se parece a la combinación del próximo sorteo de lotería!

Uno – ¿La lotería?

Dos – ¿Y qué son estos números?

Ella le devuelve bruscamente la oreja, como si se rompiera el encanto.

Tres – Para saberlo, deben pagar por adelantado.

Uno – Claro... ¿Y qué nos garantiza que es la combinación correcta?

Tres – Nada. No están obligados a creerlo. Ustedes verán...

Uno – ¿Nosotros veremos? ¡Creía que la vidente era usted!

Dos – Sin embargo, imagínate... ¿Y si fuera el número correcto?

Uno – ¿Hablas en serio?

Dos – ¿Qué tenemos que perder?

Uno – Eso, creo que la señora nos lo dirá...

Tres – Cincuenta euros.

Uno – ¿Cincuenta euros?

Tres – Es tomarlo o dejarlo.

Uno – Y si fuera cierto, ¿por qué no juega usted misma esa combinación?

Tres – Porque fueron ustedes quienes encontraron esa oreja, no yo. Iría contra mi código ético.

Dos – Solo serían 25 euros cada uno...

Uno – Vale, vamos por 40, ¿de acuerdo?

Tres – Está bien.

Cada uno le entrega un billete de veinte euros. Ella saca una hoja del bolsillo y se la tiende.

Tres – Aquí están los números ganadores.

Dos – ¡Pero si estos números ya estaban escritos en la hoja antes de que oyera la voz!

Tres *(con énfasis)* – El destino siempre está escrito de antemano.

Se marcha.

Dos – No sé por qué, pero yo sí creo...

Uno – ¿Y cuáles son esos números?

El otro se dispone a decírselo, pero se detiene.

Dos – Mejor ven por aquí... (Mira al público.) Las paredes tienen oídos...

Se alejan un poco.

Uno – Entonces, ¿cuáles son?

Dos – El 13.

Uno – Clásico.

Dos – El 5 bis.

Uno – Vamos a decir el 5.

Dos – Y el 214.

Uno – ¿El 214?

Dos – Vamos a decir el 2, el 1 y el 4.

Uno – Sí, pero eso solo hace 5 números.

Dos – Ah sí, es verdad...

Uno – ¡La muy sinvergüenza no nos ha dado el número complementario!

Dos – Deberíamos haberle dado los cincuenta euros que nos pedía.

Uno – Claro, ahora va a ser culpa mía.

Dos – Y ¿qué hacemos con esta oreja? No parece muy limpia...

Uno – Por supuesto, la encontramos en la alcantarilla...

Dos – Sí... (Hacia el público.) ¿Alguien ha perdido una oreja? Una oreja sucia... Pues la dejo aquí, a la vista. Por si su dueño quiere recuperarla...

Uno – Bueno, ¿vamos a rellenar el boleto o no?

Dos – Vamos... No sé por qué, pero tengo la sensación de que es nuestro día de suerte...

Salen.

12. La apuesta de Pascal

Un personaje llega, desorientado. Echa un vistazo al mapa que tiene en la mano. Luego ve algo en el suelo y, intrigado, lo recoge. Es un billete de banco, que examina con curiosidad. Otro personaje se acerca. El primero interpela al segundo.

Uno – Disculpe, ¿no habrá perdido...?

Dos *(interrumpiéndolo)* – Lo siento, pero no tengo cambio.

Uno – Ah no, pero no estoy pidiendo dinero... Al contrario... Quería preguntarle si no ha perdido un billete, tal vez.

El otro, sorprendido, se detiene y se suaviza un poco.

Dos – ¿Un billete? Depende... ¿De cuánto es el billete?

El primero echa un vistazo al billete.

Uno – Quinientos.

Dos – Ah, sí... Espere, voy a mirar... (Hace como que se registra los bolsillos.) Pues... quizá... ¿Ha dicho un billete de quinientos euros?

El otro examina el billete.

Uno – Sí, quinientos... Ah, no, espere...

Dos – ¿No es un billete de quinientos?

Uno – Sí, pero es un billete de quinientos francos.

Dos – ¿Francos? ¿Los antiguos francos?

Uno – No, los nuevos... Bueno, los francos de antes... Los antiguos francos ya no existen, ¿verdad?

Dos – Los nuevos tampoco... Déjeme ver...

El otro le entrega el billete.

Dos – Ah sí, quinientos francos. Un Pascal, como se decía en aquel entonces... Hace tiempo que no veía uno... Cuando estaban en circulación, ya no los veía a menudo...

Uno – Pascal... ¿Era un filósofo, no?

Dos – Un matemático, creo...

Uno – ¡Ah sí! ¡La apuesta de Pascal!

Dos – Quinientos francos...

Uno – ¿Cuánto es eso en euros?

Dos – Aproximadamente cien euros, ¿no? Algo así...

Uno – Entonces no es suyo... ¿Cree que todavía se puede cambiar?

Dos – ¿En el banco central? No creo... (*Le devuelve el billete.*) Ni siquiera sé si sigue existiendo el banco central.

Uno – ¿En serio lo cree?

Dos – Ahora, con Europa...

Uno – Aun así, el banco central...

Un tercer personaje llega, aparentemente buscando algo. Los otros dos lo miran, intrigados.

Uno – ¿Busca algo?

Tres – Sí, creo que he perdido cien euros...

Dos – ¿Cien euros?

Uno – ¿No está seguro? Si yo perdiera cien euros, me daría cuenta...

Tres – He ido al cajero automático, eso seguro. He sacado cien euros, como siempre, pero no los encuentro. Quizá se me hayan caído del bolsillo. ¿Los han visto?

Uno – ¿Cien euros? No...

Tres – O tal vez los olvidé...

Dos – ¿Cómo que los olvidaste?

Tres – Antes me dejaba la tarjeta en el cajero. Sacaba el dinero y olvidaba la tarjeta. Ahora no olvido la tarjeta, pero a veces me voy sin los billetes...

Uno – En ese caso, la máquina los traga, ¿no?

Tres – Sí, a no ser que alguien los haya cogido antes...

Dos – O que el viento los haya llevado.

Uno – Es cierto que hace viento hoy.

Dos – Las hojas muertas se recogen con pala...

El primero muestra el billete que encontró.

Uno – También los billetes de banco...

Tres – ¿Ha encontrado mis cien euros?

Uno – Esto es lo que acabo de recoger del suelo.

Le entrega el billete de quinientos francos.

Tres – Un billete de quinientos francos...

Dos – No puede ser el tuyo.

Tres – Es bastante curioso, de todos modos...

Uno – ¿Qué?

Tres – Quinientos francos... eso son aproximadamente cien euros, ¿no?

Dos – Pero ¿cómo se va a transformar un billete de cien euros en uno de quinientos francos?

Tres – Y eso que los míos eran dos billetes de cincuenta euros.

Uno – ¿Cómo lo sabe, si ni siquiera está seguro de haberlos cogido del cajero?

Tres – Tienes razón... Pero los billetes de cien euros son bastante raros, ¿no?

Dos – Hoy en día, menos que los billetes de quinientos francos.

Uno – ¿Por qué milagro dos billetes de cincuenta euros se convertirían en un billete de quinientos francos?

Dos – Personalmente, no creo en los milagros... Y convertir dos billetes de cincuenta euros en un billete de quinientos francos que ni siquiera se puede cambiar, vaya milagro...

Tres – Especialmente porque en realidad, cien euros son 655 francos y 96 céntimos... Redondeando un poco... Así que pierdo más de 155 francos en el proceso...

Tres le devuelve el billete de quinientos francos a Uno.

Uno – Sí, estamos lejos de la multiplicación de los panes, eso está claro...

Permanecen perplejos por un momento.

Dos – O tal vez sea culpa del cajero automático...

Tres – ¿Cómo?

Dos – Dice que no miró los billetes. Ni siquiera sabe con certeza si los cogió.

Tres – ¿Y entonces?

Dos – Quizá el cajero le dio un billete de quinientos francos en vez de dos de cincuenta euros.

Tres – ¿Eso cree? ¡Pero sería un robo!

Dos – Puede que esté averiado.

Uno – Pero, si no cogió los billetes, el cajero se los habrá tragado.

Tres – Quién sabe... Puede que haya cajeros automáticos que no los tragan...

Dos – Especialmente cuando intentamos hacerles tragar billetes que ya no tienen validez.

Tres – ¡Pero usted dice que fue el cajero el que me dio ese billete de quinientos francos! ¿El banco me entrega dinero caducado y luego el cajero se niega a tragárselo?

Dos – Es cierto que es un poco difícil de creer...

Uno – Tal vez lo tragó y luego lo escupió.

Tres – En cualquier caso, tengo la desagradable sensación de que en esta historia, soy yo el que se ha jodido.

Dos – Es un poco la sensación que todos tenemos al salir de nuestro banco, ¿no?

Tres – Un cajero automático que empieza a repartir francos... No tiene sentido, ¿verdad?

Uno – No sé... ¿Ven alguna otra explicación?

Nuevo silencio perplejo.

Uno – No habrán vuelto al franco sin decírnoslo, ¿verdad?

Dos – Es cierto que hace tiempo que no escucho las noticias...

Tres – Aun así... Volver al franco... Por más distraídos que seamos... No estamos hablando de haber perdido el cambio al horario de verano...

Dos – Tengo otra hipótesis, pero da un poco de miedo...

Uno – Dígala...

Dos – ¿Y si hubiéramos dado un salto al pasado...?

Tres – ¿Un salto?

Uno – ¿Quiere decir que habríamos retrocedido en el tiempo, como en una película de ciencia ficción? ¿Hasta antes de la llegada del euro?

Tres – ¿Está de broma? Y, francamente, viajar en el tiempo solo para volver a los francos... Menuda película...

Dos – No dije que fuera una buena película... Tal vez solo sea una pesadilla...

Uno – Es simple, solo tenemos que mirar el dinero que tenemos en nuestros bolsillos...

Tres – Yo no tengo nada... Iba precisamente al cajero automático...

Dos – Salí sin mi billetera... Acabo de bajar la basura...

Uno – Tengo un poco de cambio en mi bolsillo...

Revuelve en su bolsillo y saca una moneda.

Uno – Ah, aquí está... Una moneda de un euro...

Tres – Uf...

Dos – Déjeme ver. (Examina la moneda.) Es una moneda de diez francos...

Uno – ¿En serio?

El tercero examina la moneda también.

Tres – Oh sí, vaya... Es cierto que se parece mucho a una moneda de un euro... pero es una moneda de diez francos.

Dos – Creo que aquí está pasando algo realmente fuera de lo común...

Uno – No nos alarmemos... Tal vez me la dieron por error en la panadería, esta moneda de diez francos... Puede suceder...

Dos – Aun así... Esto empieza a parecer un conjunto de indicios, como dicen en las series policiales...

Llega un cuarto personaje.

Cuatro – Disculpen que los moleste, sé que esto les parecerá una pregunta extraña, pero ¿no han encontrado un billete de quinientos francos por casualidad?

Los otros tres lo miran con sospecha.

Uno – Permítanme hacerles una pregunta... ¿En qué año estamos?

Cuatro – Pues... en pleno siglo XXI, desde luego. ¿Por qué?

Dos – ¿Y anda usted por la calle con un billete de quinientos francos en pleno siglo XXI? ¡Será posible!

Uno – Es cierto, ¡estábamos preocupados!

Tres – Por un momento creímos que habíamos dado un gran salto atrás. Como en esa película, ya sabes... Volver al pasado...

Cuatro – ¿No es Regreso al Futuro la película?

Dos – Sí, bueno, ese no es el problema.

Cuatro – Lo siento, no pensé en...

Dos – No, pero es increíble...

Uno – Tenga, aquí está su billete de quinientos francos.

Tres – ¿Pero qué vas a hacer con eso?

Cuatro – Iba precisamente a una tienda de numismática...

Tres – ¿Un numismático?

Cuatro – De monedas y billetes de colección...

Uno – Lo entiendo...

Cuatro – Encontré este billete en mi casa, dentro de un libro que pertenecía a mi abuelo.

Dos – Su abuelo utilizaba billetes de banco como marcapáginas...

Uno – Bueno, hay que admitir que es menos sucio que las sardinas en aceite.

Cuatro – Así que busqué en Internet cuánto valdría hoy en día.

Dos – ¿Cuánto?

Cuatro – ¡Cien euros! En su época, cuando aún se podía cambiar, solo valía setenta y seis...

Tres – Vaya, su abuelo sabía lo que hacía.

Uno – Sí, aquello sí que fue apostar por el futuro... Con ese Pascal, su abuelo le hizo ganar veinticuatro euros.

Cuatro – ¿Y cuántos francos son veinticuatro euros?

Tres – Unos ciento cincuenta y siete francos con cuarenta y tres céntimos...

Cuatro – ¡Guau! Bueno, en todo caso... Gracias. Afortunadamente, todavía hay gente honesta como ustedes...

Los tres restantes observan cómo el cuarto se va.

Tres – Y yo sigo sin saber dónde han ido a parar mis cien euros...

Los otros dos lo miran.

13. Un buen barrido

María está barriendo. Eduardo llega vestido con traje de tres piezas.

Eduardo – Ah, María... Quería decirle algo, precisamente...

María *(deteniendo el barrido)* – Sí, señor...

Eduardo – ¿Cuántos años lleva barriendo para nosotros, María?

María – No lo sé, señor. No he contado. ¿No está satisfecho con mi trabajo?

Eduardo – No, no, María, al contrario. De hecho, quería felicitarla. ¿Conoce el lema de nuestro banco?

María – ¿Hay que barrer para casa?

Eduardo – ¡Exactamente, María! Gracias a usted, la fachada de Crédito Solidario siempre está impecable. Y la fachada de un banco es su escaparate, ¿no es así? Si el escaparate de un banco no se mantiene impecable, los clientes podrían pensar que...

María – El banquero seguramente tampoco está muy limpio...

Eduardo – ¡Exacto! Lo ha entendido todo, María.

María – ¿Puedo seguir con mi trabajo, señor?

Eduardo – Aún no, María... Verá... (Se aclara la garganta.) Como usted sabe, querida María... Muy querida María... quizá demasiado querida... estamos en crisis.

María – Ah, sí, señor?

Eduardo – ¡La crisis, María! Aunque no lea la prensa económica todos los días, habrá oído hablar de ella, ¿verdad?

María – Un poco, señor...

Eduardo – Pues afecta a todo el mundo, María. Hasta a quienes nunca han pisado una bolsa de valores.

María – Ya veo, señor...

Eduardo – En fin, es la recesión, y el mundo de las finanzas, por supuesto, es el primero en verse afectado por la caída general de los valores...

María – Los valores...

Eduardo – Me refiero a los valores bursátiles, claro. Pero de la depresión económica a la depresión a secas solo hay un paso. Cuando cae la Bolsa, se viene abajo el ánimo, y la crisis moral acaba llamando a la puerta.

María – Sí, señor...

Eduardo – Usted misma, María, no me diga que no se siente un poco deprimida.

María – Estoy bien, señor, no me quejo...

Eduardo – Perdone, María, pero verla así, con la escoba, no transmite precisamente alegría de vivir.

María – Tal vez esté un poco cansada en este momento... De tanto barrer para casa...

Eduardo – Todo esto es para decirle, María, que nuestro banco, obviamente, tampoco se ha librado de la tormenta... y que nosotros también debemos hacer recortes. ¿Lo entiende, verdad?

María – Sí, señor...

Eduardo – Por su bien, María, el Crédito Solidario ha tenido que tomar medidas drásticas y dolorosas para preservar su empleo. Un empleo que, puedo decirle ahora, estaba seriamente amenazado.

María – Gracias, señor...

Eduardo – Por lo tanto, tengo el placer de anunciarle, María, que no está despedida.

María – Trabajo sin contrato, señor.

Eduardo – En cualquier caso, podrá seguir barriendo delante de nuestra puerta hasta nueva orden. Quizá algún día le deje barrer incluso el despacho del director.

María – Gracias, señor...

Eduardo – Obviamente, el Crédito Solidario espera que también haga un pequeño esfuerzo para ayudarnos a preservar el empleo en este país. Porque sin empleo, no hay poder adquisitivo, sin compras no hay confianza y sin confianza no hay empleo. Es el círculo vicioso de la estanflación, ¿me sigue?

María – Lo intento, señor...

Eduardo – Todo esto la supera, por supuesto, mi pobre María, pero puede confiar en mí... De hecho, intentaré ser más claro... A cambio de la preservación de su empleo, el Crédito Solidario le propone una reducción salarial del treinta por ciento. Supongo que esta propuesta le parece razonable, ¿no es así?

María – ¿Treinta por ciento?

Eduardo – Un pequeño tercio, si lo prefiere.

María – ¿Un tercio menos?

Eduardo – Sí, un tercio menos, no más. Ya sabe que los puestos de barrendero tampoco abundan. Pronto, para barrer la entrada de un banco, incluso sin contrato, hará falta un título universitario. Y quizá un enchufe o saber ganarse favores en los despachos... ¿Tiene usted un título universitario, María?

María – No, señor...

Eduardo – Supongo que tampoco tiene conexiones influyentes, ¿verdad?

María – No, señor...

Eduardo – Y en cuanto a ganarse favores personales, mi querida María, sin ánimo de ofenderla, tampoco parece tener todas las cartas a su favor... Es la lotería de la vida: unos nacen en familias adineradas, con buena presencia, y otros... En fin, reconocerá que nuestra oferta es más que generosa. ¿Qué opina?

María – ¿Qué pienso al respecto, señor?

Eduardo – Sí, María... No es absolutamente necesario que piense algo al respecto, pero sin embargo, la escucho. Aún estamos en una democracia, después de todo...

María – Lo que pienso al respecto...

Eduardo – Algo tendrá que opinar...

María levanta su escoba para golpearlo.

María – ¡Esto es lo que pienso al respecto, señor!

Eduardo – ¿María? ¿Se ha vuelto loca? (Ella lo persigue con la escoba.) ¡Cálmese, María! ¡Si solo es una propuesta! Nosotros también creemos en el diálogo social... (Ella le propina unos golpes.) ¡Ay! ¡Veinte por ciento!

María – ¿Quiere probar mi escoba de nuevo?

Eduardo – ¿Diez por ciento?

María – ¿Diez por ciento de aumento?

Eduardo – Bueno... (María levanta de nuevo la escoba.) Está bien, María. Hay que saber cerrar una negociación y he comprendido que su propuesta no admite regateos... Trato hecho: Crédito Solidario le sube el sueldo un diez por ciento.

María – Muy bien, señor.

Eduardo – Pero dígame, María, usted es dura en los negocios... También sabemos apreciar en nuestros empleados las cualidades que poseen... Y se puede decir que no le falta carácter...

María – Gracias, señor...

Eduardo – ¿Le apetecería hacer un curso de formación, pagado por nosotros, para incorporarse al departamento de cobros? Como le decía, estamos en crisis y cada vez hay más morosos...

María – ¿Otro golpe de escoba, señor?

Él se aleja prudentemente.

Eduardo – No hablemos más de eso, María. La dejo trabajar...

María – Gracias, señor.

14. Una sombra en la calle

Un personaje está presente. Llega otro que, como no lo ve, cree estar a solas.

Transparente – Buenos días. Soy una persona a la que nadie ve.

Inaudible – Pero... ¿quién me llama?

Transparente – No se preocupe, no está oyendo voces imaginarias. Le estaba diciendo que... Espero que no sea sordo.

Inaudible – No, le oigo perfectamente. Pero ¿dónde está usted?

Transparente *(al público)* – Ese es el drama de mi vida: soy completamente transparente.

Inaudible – ¿Y usted me oye?

Transparente *(al público)* – Le veo mover los labios, pero no oigo ni una palabra.

Inaudible – Ese es el drama de mi vida. No soy mudo, pero nadie me oye. Ni siquiera los sordos.

Transparente – ¿Cómo sabré si ha entendido mi pregunta, si no puedo oír su respuesta?

Inaudible – No consigo verlo ni hacerme oír. Así va a ser difícil mantener una conversación...

Llega un tercer personaje.

Inodoro *(dirigiéndose a Inaudible)* – ¿Está hablando solo?

Inaudible – Ni vale la pena que le conteste...

Transparente – No, le estaba hablando a esa persona que tiene delante.

Inodoro mira a Inaudible y después hacia el lugar de donde procede la voz de Transparente.

Inodoro – Qué raro. A usted lo veo ahí, pero la voz viene de allí.

Transparente – A la otra persona no podrá oírla. Es inaudible.

Inodoro *(desconcertado)* – Ya veo... ¿Y usted?

Transparente – Soy invisible.

Inodoro – Ah... ¿Como en las películas?

Transparente – Exacto. Solo que yo soy invisible de verdad. Y para quien trabaja en el teatro eso no siempre es una ventaja.

Inodoro – Increíble. A esa persona la veo perfectamente pero no la oigo, y a usted...

Transparente – A mí, aunque no me vean, se me entiende perfectamente.

Inodoro – Gracias a Dios, a mí también.

Transparente – Entonces creo que vamos a entendernos.

Inodoro – Pues hay quien dice que no me puede ni oler.

Transparente olfatea discretamente en dirección a Inodoro.

Inaudible – Pues sí. Cuando no se huele absolutamente nada, se nota.

Inodoro – ¿Decía usted?

Transparente – Nada. Pensaba que ser inodoro es menos molesto que ser invisible o inaudible.

Inodoro olfatea en dirección a Transparente, aparentemente incómodo.

Inodoro – No tener olor, en algunas circunstancias, puede ser una ventaja para los demás.

Inaudible *(incómodo también)* – Pues a esa persona no se la ve, pero su presencia se nota, desde luego...

Transparente – Es extraño...

Inodoro – ¿Qué ocurre?

Transparente – Aquí solo somos tres, ¿verdad?

Inaudible – Eso parece...

Transparente – Y sin embargo... noto una presencia. ¿No os pasa?

Inodoro – Aparte de usted, no huelo nada.

Inaudible – ¿Una presencia espiritual?

Silencio.

Transparente – A menos que sea él...

Inaudible – ¿Él?

Inodoro – El que, además de invisible, inaudible e inodoro...

Inaudible – ...es intocable y no tiene sabor.

Inodoro – ¿Dios? Eso no tiene sentido...

Inaudible – Para ninguno de los cinco sentidos, desde luego.

Transparente – Igual emite en otra frecuencia...

Inodoro – Si Dios existe, desde luego sabe pasar desapercibido...

Un momento.

Transparente – Me pregunto si a ese nivel de discreción todavía se puede hablar de existir.

Inaudible – Ya...

Los otros dos se vuelven para mirarlo. Inaudible parece sorprendido.

Inaudible – ¿Qué? ¿Qué me pasa?

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente
desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Mayo 2023
ISBN 978-2-37705-937-9
© La Comédiathèque
Obra descargable gratuitamente.